

www.elboomeran.com



EL RIVAL DE PROMETEO

VIDAS DE AUTÓMATAS ILUSTRES



SELECCIÓN DE TEXTOS A CARGO DE
Marta Peirano

EDICIÓN A CARGO DE
Marta Peirano & Sonia Bueno Gómez-Tejedor

EL PANTEÓN PORTÁTIL DE IMPEDIMENTA 2009



Í N D I C E



INTRODUCCIÓN <i>por Patrick Gyger</i>	IX
UNO • LAS MÁQUINAS FILOSÓFICAS	19
Tratado del Hombre <i>por René Descartes</i>	31
Enciclopedia <i>por Denis Diderot y Jean Le Rond d'Alembert</i>	39
Relación sobre el Mecanismo de un Autómata (Carta de Jacques de Vaucanson al abad De Fontaine)	47
El Hombre Máquina <i>por Julien de la Mettrie</i>	57
DOS • EL TURCO	67
Tesis sobre la filosofía de la historia <i>por Walter Benjamin</i>	75
El jugador de ajedrez de Maelzel <i>por Edgar Allan Poe</i>	77
El Turco contra Napoleón	123
El maestro de ajedrez de Moxon <i>por Ambrose Bierce</i>	127
TRES • LAS MÁQUINAS FATALES	145
El hombre de la arena <i>por E. T. A. Hoffmann</i>	151
Lo siniestro <i>por Sigmund Freud</i>	209
La Eva futura <i>por Villiers de l'Isle-Adam</i>	235
Metrópolis <i>por Thea von Harbou</i>	253

CUATRO + A MÍ ME HIZO J. F. SEBASTIAN	279
Darwin entre las máquinas <i>por Samuel Butler</i>	287
R. U. R. (Robots Universales Rossum) <i>por Karel Čapek</i>	297
Las Tres Leyes de la Robótica <i>por Isaac Asimov</i>	313
¿Puede pensar una máquina? <i>por A. M. Turing</i>	317
La Singularidad <i>por Vernor Vinge</i>	363

INTRODUCCIÓN

Patrick J. Gyger

¿POR QUÉ HABRÍAMOS DE INTERESARNOS, en el siglo XXI, por los autómatas? ¿No son acaso reliquias de otra época tecnológica, hoy ya superada y, por lo tanto, completamente obsoletas? Es cierto que la historia de los seres artificiales es antigua: es la historia de la influencia de la técnica en el mundo. Pero la temática de la criatura mecánica no levanta el vuelo realmente hasta la irrupción de las ideas filosóficas de los siglos XVII y XVIII (y los progresos científicos que las acompañaron). En el Siglo de las Luces, el Todopoderoso se convierte sobre todo en el Gran Relojero: «El cuerpo humano es un reloj, pero un reloj inmenso», escribió en 1747 Julien Offray de La Mettrie en su tratado *El hombre máquina*, antes de evocar al fabricante de autómatas Jacques de Vaucanson. Para el filósofo, la Naturaleza es racional, y por consiguiente inteligible y asimilable. De ello se infiere lógicamente que los seres humanos pueden ser reproducidos en forma de máquinas. Si bien nuestra complejidad parecería imposibilitar dicha imitación, los ingenieros alcanzarían la hazaña con el tiempo. Así pues, Vaucanson creó a un flautista capaz de tocar varias melodías. En cuanto al autómata parlante, se trata de «una máquina que no puede ya considerarse imposible de realizar, especialmente por obra de un nuevo Prometeo».

Las obras de los fabricantes de autómatas de la época clásica fueron realizadas en buena parte con el objeto de hacer progresar el conocimiento en las ciencias naturales, en el espíritu de las «anatomías vivientes» de la época, destinadas a reproducir las principales funciones vitales, ya fuese la circulación sanguínea o la respiración. Por lo tanto, a pesar de dicha pretensión científica, no se trataba tanto de exhibir ante el público un mecanismo de gran complejidad como de presentar un ser artificial lo más parecido posible al original en su forma. La dimensión técnica debía ocultarse para mantener la ilusión, puesto que estas realizaciones, encargadas por la alta sociedad, debían proporcionar entretenimiento para los salones. Así, el célebre Pato mecánico de Vaucanson (fabricado en 1739) supuestamente imitaba el funcionamiento de las vísceras del animal. La superchería está asimismo en el fundamento de un autómata de notoriedad extraordinaria: el jugador de ajedrez de Wolfgang von Kempelen (1769), que disponía de un escondite en el que se deslizaba un hombre para dirigir sus movimientos.

Por otra parte, la verosimilitud del autómata en tanto que ser «vivo» con frecuencia se ve reforzada por su ejecución de los gestos más delicados, de actos «artísticos» (pintura, escritura o música), considerados más cercanos a la humanidad, bien lejos de lo que uno podría esperarse de un ser artificial, pero que se limitan a la repetición. Es este el caso de los célebres androides (el nombre que se le da al autómata de forma humana) de Pierre y Henri-Louis Jaquet-Droz, que fueron realizados hacia la década de 1770 y pueden admirarse todavía hoy en el Museo de Arte e

Historia de Neuchâtel (Suiza). Su escribiente autómatas es capaz incluso de ironizar acerca de esta supuesta reflexión del alma humana con un gesto programado: entre las frases que se le hacen trazar sobre el papel se encuentra el adagio que habría de separarnos de las máquinas: «Pienso, luego existo».

Esta *mise en abyme* tiene algo de inquietante para el observador en un primer momento. Pero —diríase— puede ser que, ciertamente, los autómatas no tengan de la vida sino una apariencia y que la posean por una conciencia apreciada por el dualismo cartesiano. Por lo mismo, no son más que apariencia, lo que significa que en ocasiones transmiten una imagen más fuerte que lo real: en efecto, pueden tomar una forma que se corresponde perfectamente con nuestros deseos. Y si «el hombre hizo al hombre a su imagen y semejanza», como escribió Norbert Wiener, dio forma especialmente a la mujer según su fantasía. No es, pues, de extrañar que una de las primeras criaturas artificiales de las que hablaron los mitos antiguos sea Galatea, la estatua creada por Pigmalión.

En la ficción, invadida por los andróides desde el siglo XIX —tras la aparición de autómatas extremadamente complejos con forma humana salidos de los talleres de relojería—, la figura femenina es omnipresente. En 1816 E. T. A. Hoffmann (en *El hombre de la arena*) puso en escena una creación del doctor Coppélius: la muñeca Olimpia, cuyo aspecto es tan parecido al de una mujer de verdad que el protagonista se deja engañar por ella, a pesar de su «mirada carente de pasión». En la obra de Auguste Villiers de l'Isle-Adam (*La Eva futura*, 1886), el

personaje principal, creyendo encontrar en la réplica mecánica de su prometida la solución a sus problemas sentimentales, se enamora de ella a pesar de haber participado él mismo en su concepción.

El deseo se vincula aquí a la efigie más que al modelo, a la copia —dócil y perfecta en su indiferencia— más que a quien representa. Al problema del hombre ante la reproducción de la vida se añade una conmoción de otro tipo, surgida tal vez de la fascinación por los seres perfectamente parecidos a nosotros y al mismo tiempo esencialmente distintos. O incluso, si hemos de fiarnos de la opinión de Joris-Karl Huysmans, amigo de Villiers, no es más que el triste aspecto mecánico de nuestra propia reproducción lo que explica nuestra atracción por la criatura artificial.

Sea como sea, resulta evidente que el ser humano sigue siendo, contra viento y marea, el modelo predilecto cuando se trata de duplicar a un ser vivo. Esta elección tiene como corolario que el creador de autómatas no puede sino reivindicar el lugar de Dios. Fabricar a un ser artificial es, pues, un gesto blasfemo, y por lo tanto está destinado al fracaso. *Frankenstein, o el moderno Prometeo* (al que, en cierto modo, se refería de *La Mettrie*) no puede evitar ver su obra aniquilada. Los literatos del siglo XIX, pues, no harán más que mostrar la insoportable pretensión de los sabios de dominar el secreto de la creación del hombre.

Desde esta perspectiva aparece un nuevo motivo literario que encuentra su fuente en Mary Shelley: los seres artificiales se vuelven por fuerza incontrolables desde el momento en que adquieren la facultad de pensar; podrían representar una auténtica amenaza, especialmente si son

numerosos, ya que, mientras tanto, gracias a la revolución industrial, los autómatas se han simplificado, estandarizado y multiplicado. En la realidad, la maestría de los fabricantes de autómatas se deteriora al mismo tiempo que los seres mecánicos se vuelven *útiles* (Vaucanson, después de todo, también está en el origen del primer bastidor textil completamente automático).

Incluso antes de los robots imaginados por Karel Čapek (1921), la rebelión de las criaturas artificiales hastiadas de su esclavitud que intentan aniquilar la civilización que las había creado se convierte en un tópico. La ciencia-ficción moderna lo explotará incansablemente hasta que Isaac Asimov, desde 1942, intente acabar de una vez por todas con la temática del robot envidioso de la condición humana; con sus Tres Leyes de la Robótica imagina la posibilidad de condicionar a los androides, es decir, quizá paradójicamente, les inculca una auténtica ética de la máquina.

Esta confusión de reinados que se ve aparecer aquí se ve reforzada a medida que aparece, junto con la humanización de la mecánica, su reflejo opuesto. Si bien podría imaginarse que, al fabricarse en grandes cantidades, las máquinas podrían convertirse en un instrumento para la mejora de las condiciones sociales de los trabajadores, estas tienden en realidad a dictar nuevos ritmos, y por ello se las fabrica a su semejanza, antes de amenazar con reemplazarlas: se han hecho intercambiables.

De este modo, en la película *Metrópolis*, toda una parte de la sociedad se ha convertido en un organismo colectivo en el que sus miembros no son sino engranajes reemplazables según la necesidad, anunciando así el fin del individuo.

La ciencia-ficción moderna se complace en explorar este territorio incierto que son las fronteras entre el hombre y sus dobles recreados. Philip K. Dick, más que ningún otro, impregna su obra de esta temática. Tal y como escribió en 1972, «algún día un ser humano podrá despedazar a un robot salido directamente de una fábrica de General Electrics y, para su enorme sorpresa, lo verá llorar y sangrar. Y el robot moribundo podrá a su vez despedazar al hombre y, también para su gran sorpresa, verá un humillo gris que sale de la bomba eléctrica que anida allí donde por sentido común debería estar el corazón del hombre. Será sin duda un gran momento de verdad para ambos». El autor de estas líneas conocía bien las limitaciones de nuestras creaciones (en *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* los replicantes podían vivir únicamente cuatro años) ante el temor de que estas nos hicieran la competencia, pero sobre todo porque no se nos parecen en todo detalle. Sin duda alguna habría apreciado el homenaje que le rindió Hanson Robotics cuando, en 2005, creó un androide a su imagen y semejanza.

Frente a dicho doble artificial, se nos plantea una cuestión de primer orden. Si somos parecidos a él, hemos aquí limitados a una terrible vida existencial. En caso contrario, podría creerse que el doble refuerza la complejidad e inaccesibilidad de nuestra propia condición. El autómata, un espejo del alma, permite percibir aquello que en nosotros no puede reproducirse ni reducirse a la mecánica, pero que sigue siendo completamente elusivo.

Lo siniestro —el *unheimlichkeit* empleado por Sigmund Freud en 1919 en su ensayo interpretativo acerca de *El hom-*

bre de la arena para designar la incertidumbre vinculada a la naturaleza del androide— se acompaña pues de una impostura tranquilizadora: el artificio nos remite siempre a nuestra propia naturaleza huidiza. Los autómatas se remontan a Efesto, a Pigmalión, a Dédalo, a Prometeo, y de igual modo a Narciso. Nos remiten a la dificultad de definir nuestra esencia y pueden —de modo inverso— confirmarnos nuestra propia unicidad: el hombre puede considerarse una excepción absoluta en la Creación (incluso en la suya propia).

Con la aparición de la inteligencia artificial, la distinción neta entre creador y criatura, y la excepción humana que la acompaña, de nuevo se ponen en duda, como ya había intentado hacer de La Mettrie. El pensamiento filosófico de Gilbert Ryle (*El concepto de lo mental*, 1949) y el de Arthur Koestler (*El espíritu de la máquina*, 1967) siguen refutando la visión dualista de Descartes: a partir de un cierto grado de complejidad, el espíritu podría acabar generándose en la máquina. Nada nos permitiría distinguir dónde empieza y dónde acaba el hombre: ¿no sería acaso entonces sino un envoltorio material? ¿Qué necesidad habría de él? Antonin Artaud o Greg Egan —entre otros muchos— retomaron la cuestión planteada inicialmente por los fabricantes de androides: el primero apela al ser humano a abandonar su corporeidad para acercarse al Creador («Cuando hayáis hecho un cuerpo sin órganos, le habréis liberado de todos sus automatismos y le habréis proporcionado una libertad verdadera», en *Para acabar con el juicio de Dios*, 1947), mientras que el segundo imagina dicha posibilidad a través de unos entes virtuales, unas copias de seguridad de nuestros

espíritus, que alcanzarían la independencia y serían iguales a nosotros (*Ciudad de permutaciones*, 1994)...

Las criaturas artificiales son siempre representativas de las técnicas más avanzadas de su tiempo: ayer mecánicas, hoy electrónicas e info-biotecnológicas mañana. El autómatas ha sido sustituido progresivamente por seres más complejos o híbridos. Pero en este siglo naciente en el que las relaciones entre el hombre y sus creaciones se vuelven tan densas que parecen imposibles de distinguir, un regreso a los inicios más concretos de esta cuestión parece no solo ser bienvenido sino esencial. Pues el autómatas —fundamento de todas las formas de vida artificial que le siguieron, puesto que tomaba como modelo al ser humano— conserva una facultad inigualable para ayudarnos a delimitar los interrogantes acerca de nuestra propia naturaleza (a falta de poder responderlos de forma definitiva). El androide, instrumento de ficción formidable gracias a su fuerza metafórica, nos permite entablar una investigación metafísica y nos recuerda que el ser humano no ha hecho más que interrogarse a sí mismo al sacarle brillo a su propio reflejo.

* *Patrick J. Gyger es historiador. Como director de la Maison d'Ailleurs, Museo de la Ciencia-Ficción, de la Utopía y los Viajes Extraordinarios, enclavado en Yverdon-les-Bains, Suiza, organizó en 2003 una retrospectiva del trabajo de François Junod, sin duda el mayor fabricante de autómatas contemporáneo (y creador de un increíble reloj con autómatas en Leganés), bajo el título de «Poética de la máquina».*